

JESÚS: COMPROMISO CON LA MUJER

Introducción

Para conocer el compromiso que una persona adquiere con alguien (sea ese alguien persona o sociedad), conviene estudiar el comportamiento y actitud que esa persona tiene en relación con quien se compromete.

En este caso nos interesa conocer el compromiso de Jesús ante la mujer. Estudiaremos, por tanto, el comportamiento y actitud de Jesús con la mujer. Una vez estudiado el comportamiento y la actitud a través de la actuación concreta de Jesús ante la mujer podremos entender el compromiso que tuvo con ella.

Desde estas páginas, venimos haciendo teología bíblica, bajo la dirección y coordinación de A. Salas, desde su fundación. Quienes hayan seguido la andadura de esta revista habrán podido constatar la ininterrumpida puesta a punto de sus conclusiones, es decir, la necesaria reencarnación que en todo momento histórico reclama el “lugar teológico” que conocemos como Sagradas Escrituras. (1)

Volver la mirada hacia el siglo primero de nuestra era, no significa huir de los problemas del, ya casi siglo XXI, desconocidos, en parte, por aquella cultura. Nuestra mirada busca, en este caso, los evangelios, porque allí encontramos la “singularidad” primigenia de nuestra fe. “Singularidad” que por ser crística traspasa el no-tiempo de la eternidad y se reencarna en cada historia cuando, como en María, se acepta (=fiat) en el devenir la nueva “resonancia numinosa” del único “parto” de la historia: la humanidad creada por Dios; en cristiano, como María, “parir al Cristo que llevamos dentro”. (2)

Esta necesaria encarnación en el tiempo, se exige de igual manera, cuando buscamos una concreta actuación del Jesús de la historia. La exégesis nos muestra lo que los textos sagrados quieren decir y no lo que dicen. No obstante, uno de los vectores de esa búsqueda es el propio buscador. Su propia “encarnación” interfiere en el dato revelado trascendiendo la letra impresa y haciendo “resucitar la palabra” en cada contexto determinado.

Sirva esta breve introducción para indicar que, si bien vamos a sondear el comportamiento del Jesús de la historia ante la mujer del siglo I de nuestra era, lo haremos, desde la perspectiva del hombre de finales del siglo XX. Ambos vectores han de tenerse en cuenta a la hora de realizar una auténtica teología.

Posiblemente la mirada de una mujer “vería” otras perspectivas. Su diferente visión complementaría la nuestra, formando una polifonía de visiones con todo el que desee intervenir en nuestra búsqueda.

Así la palabra se hizo y se sigue haciendo carne: El, como primogénito, nosotros... como el ciego, en el camino de nuestra historia. (Mc 10, 52)

Jesús ante las mujeres tiene valor crístico cuando re-leyendo su mensaje vemos al hombre del casi siglo XXI ante la mujer. ¿Cuáles fueron los comportamientos y

actitudes del Jesús de la historia?. ¿Qué haría Jesús ante las mujeres de hoy?. Desde esta actualizada perspectiva oteamos los evangelios y reencarnamos la palabra que hace XX siglos fue pronunciada por un hombre que nos ha hecho sentir en nuestra historia la “singularidad” de ser hijos suyos: cristianos.

Hemos formulado dos preguntas. En la primera: ¿Cuáles fueron los comportamientos y actitudes del Jesús de la historia?, acercamos a la mujer de nuestro siglo ante la praxis de Jesús. En la segunda: ¿Qué haría Jesús ante las mujeres de hoy?, acercamos al Jesús del siglo I ante la praxis de la mujer.

Tanto en el primer como en el segundo interrogante (especialmente en el segundo) son los ojos del buscador (=cristiano), los que hacen que nuevamente se actualice la actitud evangélica del Jesús de la historia y se reencarne Cristo en el tiempo. Pariendo al Cristo que llevamos dentro, alumbramos la nueva humanidad querida por Dios desde los orígenes. Y desde entonces esta humanidad es plural (=Adán + Eva) en su singularidad (=Persona). (3)

“Creó Dios al ser humano, macho y hembra los creó” (Gn 1,27) El hombre, en cuanto persona, es un misterio, una “singularidad” singular que se capta en la alteridad plural de Adán + Eva.

De ahí que en cristiano, para aprehender el misterio, haya que estar junto al prójimo. *“Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”* (Mt 18,20) Como hombre, necesitamos a la mujer para ser persona y es desde esta necesidad óptica y antropológica que daremos nuestra respuesta: Jesús también necesitó de la mujer (4). En cuanto hijo, familiar y amigo la situó al mismo nivel que al hombre. Ciertamente que en su personal historia aceptó el celibato, pero no por misoginia. ¿Sería por elevar el celibato al mismo nivel social que tenía el matrimonio? (5).

Lo importante para Jesús es la libertad de los hijos de Dios que se autodefinen como iguales y por lo mismo, hermanos. ¿Cómo ejerció Jesús esta libertad y esta igualdad ante la mujer? ¿Cuál fue su compromiso ante ella? El comportamiento y actitud de Jesús siguen dejándose oír para los que quieran escuchar.

Lo femenino desde la perspectiva masculina

Hemos indicado, que nuestra visión de lo femenino parte desde la antropología de lo masculino, por tanto es parcial y nos reconocemos en la necesidad de la complementariedad de “lo otro” : ser hombre o mujer no es opción consciente del que nace. Presumir de una u otra expresión del ser es, cuanto menos, ignorancia.

La religión a través de la que tratamos de expresar nuestra religiosidad ha estado anclada en un mundo patriarcal y machista. El hombre (Adán) que antropológicamente debe tender hacia la mujer (Eva), en ocasiones, se ha quedado anclado en la masculinidad. De esta aberración antropológica nace el machismo. ¿Quién pierde? La persona (Adán + Eva) (6). Esta realidad histórica es pendular. Lo femenino cuando no tiende hacia lo masculino comete el mismo error. Los “ismos” de uno y otro origen son nefastos para el encuentro con la genuina y verdadera humanidad (7).

Ahora bien, dado que el “ismo” que enmarca la historia bíblica es machista, bueno es observar cómo, a través de ella, siempre han existido personas (Adán + Eva) que han sabido trascenderlo. Así, aunque el machismo que impregna los textos del A. T. presenta a Dios con rostro masculino, en ocasiones, viene sutilmente presentado con rostro femenino. Veámoslo: En el principio el artífice del universo fue la Sabiduría (Sab 7,21). La Sabiduría (lo femenino de Dios) creó el mundo a través de la Palabra y la Palabra era Dios (Jn 1,1). La Sabiduría como principio se convierte en el Logos hecho carne: Jesús de Nazaret. (8)

Desde la Sabiduría al Logos el rostro de Dios es andrógino. ¿Será por ello que su nombre al no tener vocales y no poder pronunciarse está más allá de la dualidad que nos ocupa? Como hipótesis la idea es razonable (9). Yahvé, el que es, se expresa en femenino o masculino: todo depende de los oídos que escuchan. Y estos cuando son de varón, aunque sea en un mundo, patriarcal y machista, también saben ver lo femenino de la divinidad.

Dice la Sabiduría por boca del sabio “ *Desde la eternidad fui yo establecida; desde los orígenes antes que la tierra fuese ... porque el que me halla a mí, halla la vida... Venid y comed mi pan y bebed mi vino, que he mezclado* (Pr 8,23.25; 9,5).

Logos (=palabra) que en el tiempo se encarna, se reitera y se re-lee y hallando la vida prometida por Ella (La Sabiduría) resucita en la nueva humanidad: Jesús de Nazaret.

Isaías, el profeta, también ve el rostro femenino de Dios: “*Dime, casa de Jacob y todo el resto de la casa de Israel, que habéis sido cargados (sobre mi) desde el vientre, llevados desde el seno*” (Is. 46,3). Aquí la divinidad es gestante cual hembra preñada y al dar a luz comenta con Oseas “*cuando Israel era niño yo le acuné, y de Egipto llamé a mi hijo. Cuanto más se les llama, más se alejan... Yo enseñé a andar a Efraím, lo levanté en mis brazos... como quien alza una criatura contra su mejilla*” (11,1-4).

El Dios Padre de Israel es aquí la Diosa Madre que solícita se desvela por el hijo de sus amores. El profeta ve a la divinidad con rostro maternal, angustiada, como María cuando Jesús de niño se aleja y se pierde en Jerusalén; exultante cuando lo abraza y junta amorosa su mejilla contra la del niño. El mundo patriarcal y machista que impregna el pentateuco no se sonroja al decir por boca de Moisés: “*¿Acaso he sido yo el que ha concebido a todo este pueblo y lo ha dado a luz para que me digas: Llévalo en tu regazo como lleva la nodriza al niño de pecho, hasta la tierra que prometí con juramento a sus padres?*” (Nm 11,12).

El varón que es persona, tiende hacia la hembra y en esta “tensión” exclama: “*ésta si que es huesos de mis huesos y carne de mi carne*” (Gn 2,23), la mujer es el lado, el costal, y no la costilla que falta para complementarse y realizarse como persona.

El machismo que impregna el A.T. no puede ocultar el rostro femenino de Dios, aunque la religión, que no la religiosidad rece: Gracias Señor por no haberme hecho mujer (10). La misoginia es una especie de ceguera en la que el auténtico hombre de fe no puede caer si quiere ver (11).

El yin y el yang cuando se funden, son en la plenitud, uno: como Adán y Eva. La auténtica visión de la persona nace de esta re-encarnación, de esta re-lectura, (re-leer, religare, religión) del mundo.

Jesús reencarnó el auténtico profetismo, re-hizo en la historia, y desde su óptica experiencia, el auténtico rostro de Dios, la auténtica faz de la divinidad. Y si bien es cierto que desde esta experiencia le oímos decir “abba”, no es menos verdad que la expresión papaïto (“abba”) tuvo que brotar de la “tensión” hacia lo femenino de su varonil yoedad. (12)

Llamar al Dios de Israel “papaïto” expresa la feminidad a la que “tendía” Jesús, como varón mejor que mil palabras. Desde la experiencia humana, la expresión “abba”, lejos de ser machista es varonil. Brota del misticismo de un alma varonil que al no estar anclada en su mismidad, sale al encuentro de la complementariedad femenina que le realiza.

El rostro femenino del Dios de Israel se deja entrever en el alma masculina del Jesús de la historia ¿Será la interioridad de María el rostro masculino de la divinidad? (13).

Creemos que sólo quién trasciende todo rostro se encuentra con Dios cara a cara. Sin embargo, tal trascendencia ha de realizarse desde la perspectiva que a cada cual le toque vivir.

Seguidamente observaremos el valor de lo femenino desde la perspectiva masculina del Jesús de la historia.

Jesús ante la mujer, según los evangelistas

El observador (que es quien escribe), además de ser hombre, tiene su cultura y su contexto. Asimismo, los evangelistas, que también son hombres, tienen sus propias concepciones y sus círculos de contexto que les condicionan (14). A su vez, Jesús, que obvio es decirlo, es hombre, se encuentra condicionado por su propio devenir. No obstante, él, en cuanto Cristo, es el máximo exponente de lo que hemos llamado “resonancia numinosa”. En la “singularidad” de esta “resonancia numinosa” se encuentra la nueva humanidad. La humanidad que en cristiano llamamos “humanidad de los hijos de Dios”. En esta humanidad no hay varón ni hembra (Gal 3,28). Hay personas ya realizadas (Adán + Eva).

Desde esta perspectiva intuimos, aunque nos falte el concepto debido para expresarlo, la feminidad en el interior de Jesús, como la masculinidad en el interior de María. (15).

El puente para alcanzar a Cristo (plenitud de la humanidad), es el Jesús de la historia. Este Jesús es presentado por los evangelistas con los condicionamientos indicados. Dado que deseamos conocer el comportamiento y actitud de Jesús ante la mujer, vamos a observar los datos que al respecto nos dan los evangelios tomando como referencia algunos de los pasajes que son propios de cada evangelista, y que estimamos expresan con mayor claridad la psicología masculina de cada autor.

Tomaremos como muestra de los sinópticos a Mateo y a Lucas. Marcos no tiene pasajes propios. Quizás, como dato singular de este último evangelista, podamos decir que los 20 versículos en los que menciona a la mujer, y que tienen sus paralelos en los otros sinópticos, contienen una visión femenina que no es negativa, y de hecho, considerando la extensión de su evangelio (114 versículos) es el que mayor porcentaje dedica a las mujeres (16).

a) Mateo

El primer pasaje que hemos elegido para observar el comportamiento de Jesús con la mujer es el de los hijos de Zebedeo. Y ello por un doble motivo. Primero: la diferencia que existe con el paralelo de Marcos se halla precisamente en la condición femenina del pasaje que inserta Mateo. Segundo: el evangelista es judío, recaudador de impuestos (Mt 9,9), (publicano según él se autodefine) (Mt 10,3). Ambas referencias se contraponen entre sí. De hecho para que un hombre de la condición social de Mateo, insertara a la mujer en el pasaje de los hijos de Zebedeo, debió de ser porque algo importante ha debido querer transmitir. Escuchemos el pasaje:

“Entonces se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, postrándose para pedirle algo. Díjole El ¿qué quieres? Ella le contestó: Di que estos dos hijos míos se sienten uno a tu derecha y otro a tu izquierda en tu reino. Respondiendo Jesús les dijo: no sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo tengo que beber?. Dijéronle : Podemos. El les respondió: Beberéis mi cáliz, pero sentarse a mi diestra o mi siniestra no me toca a mí otorgarlo, es para aquellos para quienes está dispuesto por mi Padre. Oyendo esto, los diez se enojaron contra los dos hermanos. Pero Jesús, llamándolos a sí, les dijo: ... el que entre vosotros quiera llegar a ser grande, sea vuestro servidor, y el que entre vosotros quiera ser el primero, sea vuestro siervo...”(Mt 20, 20-28).

La diferencia entre este pasaje y el de Marcos, se encuentra en la condición femenina que imprime Mateo. Es más, creemos que esta condición es la que da al relato mateano, la originalidad que pierde en Marcos. Mateo nos dice que la madre de Santiago y Juan se postra ante Jesús para pedirle algo. En Marcos son los propios apóstoles los que piden. La madre no aparece en la escena. ¿Qué necesidad tienen los apóstoles de la intervención de una mujer? La escena, en una sociedad machista, es más lógica sin la intervención de la madre. De ahí que si Mateo la consigna, es porque debió suceder así. Estimamos que esta hipótesis es la más acertada porque precisamente la intervención de la mujer es la que da consistencia a las últimas palabras de Jesús en el relato (17).

¡Qué confianza y que comportamiento debió de tener Jesús ante esta mujer, para que los apóstoles Santiago y Juan, le pidan que intervenga en la solicitud!. La escena habla por sí misma ¡La madre tiene más fuerza ante Jesús que los hijos, aunque estos sean los apóstoles Santiago y Juan!

Jesús al verla postrada, le pregunta ¿qué quieres?. Ella no quiere nada. Como toda persona que se mueve por amor, solicita favores para el prójimo. Prójimo, que en este caso, son sus propios hijos.

Jesús ha escuchado a la mujer, pero su petición parece quedar sin respuesta. Al menos a primera vista parece ignorarla, ya que a partir de este instante Jesús se dirige a Santiago y a Juan. Ella desaparece de escena ¿Sería éste el motivo por el que Marcos no la nombra?. La madre de los de Zbedeo queda mal en el pasaje: Primeramente no es escuchada y finalmente es ignorada.

Sin embargo, esta primera impresión es falsa. Jesús ha escuchado a la mujer y responde al hombre (sus discípulos), lo que ella y El ya saben: de nada sirve imitar a Jesús (beber el Cáliz) (Mt 20, 22)(18) si no se hace por amor. ¿Cómo se observa este amor? Meditando en las últimas palabras del relato que reproducimos seguidamente: “...*Quién quiera llegar a ser grande sea vuestro servidor... De la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos*” (Mt 20,27-28)

La madre que está postrada ante Jesús, tuvo que sonrojarse amorosamente al escucharle. Jesús está reprendiendo a los discípulos y no a ella ¿Por qué?. La respuesta no se deja esperar: quien quiera ser grande ha de comportarse como ella lo está haciendo.

La mujer, en esta escena, está “sirviendo” a los hijos. No pide para sí ni el último puesto. Pide para ellos. Ella confía y Jesús no la ignora. La ensalza con su respuesta; sencillamente ¡hay que comportarse como ella!.

¿Cuál es el comportamiento de los diez restantes? ¡Enojarse contra los otros dos!: “*Al oír esto los otros diez, se indignaron contra los dos hermanos.*” (Mt 20,24). Ya tenemos a los doce en la contienda. ¿Se enojan con la madre por lo inadecuado de la petición? No, se enfadan contra los dos hermanos, ¡absurdo!, pero no tanto si es que ellos también querían los mejores puestos.

Mateo cuando escribió el pasaje recordaría bien que él era uno de los otros diez. Allí están los doce hombres... y Jesús llamándoles viene a decirles: : haced lo que ella ha hecho. Y la mujer, que escucha amorosa al maestro, entiende que ¡ella es la discípula!. Las palabras no son necesarias. Jesús y la madre de los de Zbedeo, aman. En este episodio el comportamiento de Jesús ante la mujer enmudece a la palabra. Ella, y no ellos, es el apóstol que está en el camino. Jesús comprende a la mujer. La mujer le comprende a él. Ellos, aún necesitan comprender. Cuando Mateo, el publicano, escribió el pasaje, también debió comprenderlo y aunque la sociedad que le rodeaba era eminentemente machista, dejó constancia de esta comprensión comenzando la narración con la petición de la madre de Santiago y Juan.

Creemos que la impronta femenina de este episodio es una hipótesis que merece ser considerada a la hora de comprender el compromiso de Jesús ante la mujer. Marcos al omitir la intervención de la madre de los de Zbedeo, estimamos deja al pasaje sin el femenino valor que le imprime verosimilitud histórica.

b) Lucas

Escogemos del evangelista Lucas un pasaje de una mujer anónima, diríamos que pequeña e insignificante pero que debió marcarle para dejarnos constancia del episodio que, desconocían o silenciaron el resto de los evangelistas. Escuchemos el texto:

“...Le invitó un fariseo a comer con él, y entrando en su casa se puso a la mesa. Y he aquí que llegó una mujer pecadora que había en la ciudad, la cual, sabiendo que estaba a la mesa en casa del fariseo, con un pomo de alabastro de unguento se puso detrás de El, junto a sus pies, llorando, y comenzó a bañar con lágrimas sus pies y los enjugaba con los cabellos de su cabeza y besaba sus pies y los unguía con el unguento. Viendo lo cual, el fariseo que le había invitado dijo para sí: si este fuera profeta conocería quién y cuál es la mujer que le toca porque es una pecadora” (7, 36-39).

En este pasaje es Lucas quien ha descubierto el compromiso que tenía Jesús con la persona en su expresión femenina. No deja de ser sintomático el hecho de que muchas de las mujeres que aparecen en los evangelios sean pecadoras o prostitutas. Sobresalir en un mundo machista siendo mujer, implica en gran medida estar “fuera de la ley”. ¿Será por esto que Jesús al comprender su situación de rebeldía diga: “... en verdad os digo que ... las prostitutas os precederán en el reino de Dios” (Mt 21,31).

Ciertamente que su actitud hacia la mujer debió conmover a cuantos le rodearon para que en las pocas líneas que nos legaron los evangelistas se lean afirmaciones como la precedente. Pero sigamos con la historia de Lucas. Jesús es invitado a comer en la casa de un fariseo. Viene de predicar al pueblo entre otras cosas que “no hay entre los nacidos de mujer profeta más grande que Juan; pero el más pequeño en el Reino de Dios es mejor que él” (Lc 7,28).

El pueblo escucha pero los fariseos y los doctores no quieren el bautismo de Juan (Lc 7,29-30). No aceptan la “metanoia”, el cambio de actitud que requiere entrar en el reino. Jesús se pregunta “¿A quién, pues, compararé, yo a los hombres de esta generación?” (Lc 7,31). A los muchachos que sentados en las plazas critican a los otros porque no bailan cuando les tocan la flauta o porque no lloran cuando les cantan lamentaciones (Lc 7-32). O porque comen (como Jesús) o porque no comen (como Juan) (Lc 7,33-34). ¡Los hombres de esta generación critican, pero no cambian! ¿Y las mujeres?.

Jesús responde a su anfitrión: “Simón, tengo algo que decirte. El dijo: dí, maestro. Un acreedor tenía dos deudores: uno debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenía para pagarle, perdonó a los dos. ¿Quién de ellos le amará más. Respondió Simón: Supongo que aquel a quien perdonó más.. El le dijo: Has juzgado bien y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: ¿Ves a esta mujer. Entré en tu casa y no me diste agua para los pies. Ella en cambio, ha mojado mis pies con lágrimas, y los ha secado con sus cabellos. No me diste el beso. Ella desde que entró, no ha dejado de besarme los pies. No ungiste mi cabeza con aceite. Ella ha ungido mis pies con perfumes. Por eso te digo que quedan perdonados sus muchos pecados, porque ha mostrado mucho amor” (Lc 7, 40-47). Para comprender las palabras de Jesús, hemos de observar las siguientes consideraciones:

El anfitrión, según costumbre, tenía que recibir al invitado a comer respetando una serie de actos tradicionales como los que enumera Lucas por boca de Jesús: beso de recibimiento, lavatorio de pies. El protocolo se hacía más exigente dependiendo de la importancia social del invitado. Ungirle con perfumes era muestra de gran respeto y alta consideración, y lo que a nuestro juicio es más importante en este pasaje: un evento social como el que presenta Lucas exigía conocer bien a los comensales invitados.

Por otra parte hay que tener en cuenta que los puestos en la mesa estaban pre-elegidos, pues si importante era comer, el momento culminante del ágape era la disertación que realizaba el invitado y el cambio de opiniones que se tenía posteriormente. Jesús expuso gran parte de su doctrina en el marco de estos eventos sociales. (19)

¿Qué observamos en este episodio? Primero: hay una mujer junto a la mesa, detrás de Jesús, cosa no habitual. Segundo: la mujer, que no es invitada, al ser una reconocida pecadora, no se la podía tocar estando en la mesa, ya que, los alimentos, quedarían contaminados de su impureza.

Asimismo el anfitrión está cayendo en el mismo error que momentos antes ha detectado Jesús al referirse a los hombres de esta generación: en lugar de bautizarse con el cambio que proclama el bautista, pretenden (doctores y fariseos) que cambien los demás. Y esta generación cambia interiormente o persistirá en su crítica, para que cambien los otros. La hipocresía llega a tal extremo que ni siquiera por guardar las formas se cambia “hacia fuera”. Así el joven sentado, critica al que no baila, en lugar de ponerse a bailar él, al asceta se le critica su falta de apetito tanto como al comedor su exceso.

Entre tanto el anfitrión de Jesús, ¿qué hace?. Hacia fuera no guardar las formas sociales con su invitado y hacia dentro piensa: “*si este fuera profeta, conocería quién y cuál es la mujer que le toca, porque es una pecadora*”. (Lc 7,39).

Ella, la mujer, no piensa, sencillamente amando, actúa. Como la suegra de Pedro cuando es tocada por Jesús (Lc 4,38-39), la contaminación del mal no pasa de ella a El; antes bien, al contrario, es ella la que se siente salva.

En la época de Jesús un judío que hubiera sido tocado por una prostituta en un banquete, tendría que haber efectuado abluciones para descontaminarse, pero lo más importante, es que la mujer difícilmente habría podido entrar al banquete. El pasaje muestra, a través del pensamiento del anfitrión que ha sido él mismo quien “le ha abierto la puerta.”

La mujer entra, Jesús ya estaba a la mesa (Dios sabe las artimañas “femeninas” que usó con el anfitrión para poder estar allí, éstas no nos constan), y hace lo que en ese preciso instante hay que hacer: atender al huésped. ¡Bailar al son que tocan en lugar de quedarse sentada como los muchachos de la plaza y criticar! (Lc 7, 31-32). Pero algo sucede en su interior que no ha sucedido en los hombres que rodean a Jesús. Al rozar su piel pecadora la de aquel hombre, El no parece contaminarse y permanece junto a ella, ante el asombro de todos los presentes, que supuestamente conocían la encerrona.

La escena guarda una tremenda tensión interna. Ella, entonces, rompe a llorar, sus lágrimas quieren limpiar la mancha. La mujer se descubre ante el hombre. Este sentimiento nos lo muestra Lucas cuando ella con la melena suelta le seca los pies con sus cabellos (20). Las lágrimas no cesan, ella, ahora, le besa los pies, los enjuaga con perfumes...! y El permanece incontaminado porque ella junto a El se siente limpia. Esta relación personal (hombre – mujer), no viene ni de la carne ni de la sangre, ni de la sociedad ni de la ley, viene de Dios, y lo experimentan los que entran en el reino: allí donde lo importante no es nacer de mujer como anunció previamente Lucas. “*Yo os*

dije: no hay entre los nacidos de mujer profeta más grande que Juan; pero el más pequeño en el reino de Dios es mejor que él” (Lc 7,28).

Lucas nos está abriendo el reino a través del comportamiento de la mujer. Entre tanto el hombre piensa: “*si éste fuera profeta...*” (Lc 7,39)

Jesús había dicho “¿A quién comparé yo a los hombres de esta generación?” Ella ya ha comprendido: es mujer y pecadora. Ellos no comprenden : son hombres y puros.

Y el invitado a la mesa, como es costumbre, aunque el anfitrión no le ha recibido con la cortesía debida, comienza la disertación para exponer la doctrina e iniciar el debate: Un prestamista tenía dos deudores... Ella, como en el pasaje de Mateo, no pronuncia palabra alguna. En el reino, la palabra es amor... y se hace carne para amar, para servir al invitado.

Lucas es un hombre de su época pero aprehende que con Jesús el estereotipo hombre/mujer, ha desaparecido: la mujer está al mismo nivel que el hombre. Es más, a ellas, tanto se las ha humillado, que necesita ensalzarlas. “*Mujer, le dijo: tus pecados te son perdonados*” (7,48).

Ellos, (los doctores, los fariseos, el anfitrión, los comensales) son incapaces de cambiar y sentir el mensaje del Bautista (siguiendo el pasaje lucano). Ella (la pecadora, la prostituta, la fuera de la ley) ha cambiado, ha muerto al pecado, ha sido perdonada y se ha salvado. La mujer pecadora (y he aquí el mensaje), en cuanto cristiana, puede irse en paz, pues, siendo ella la más pequeña es más grande que Juan.

Lucas deja en el anonimato a la mujer que es más grande que el más grande de los profetas de Israel. Sin embargo, este anonimato tiene una doble lectura: la de observar, en el silencio, el auténtico comportamiento de los discípulos. ¿Por qué, si no, pone Lucas a la mujer junto a los pies de Jesús? Para explicitar que ella es el auténtico discípulo. Como asimismo lo hace en Hch 22,3 cuando dice que Pablo fue educado en Tarso e “instruido a los pies de Gamaliel”.

No es extraño que a continuación de este pasaje lucano y para los duros de entendederas, singularice a varias mujeres como sus acompañantes junto a los doce: “*María llamada Magdalena... Juana mujer de Cusa... Susana y otras varias...*” (Lc. 8,1-3). (21).

¿Podemos entrever cuál fue el compromiso de Jesús ante la mujer, cuando es en ella donde se asoman los destellos del reino de Dios?.

c) **Juan**

Hemos observado brevemente algunos textos de los sinópticos que son exclusivos de los evangelistas. Terminaremos este breve recorrido con algunos episodios propios del evangelista Juan.

No podemos obviar al hablar de la relación de Jesús con las mujeres de su época, la relación de Jesús con su madre. Especialmente las culturas machistas son exquisitas a

la hora de ponderar la relación madre-hijo. ¿Por qué? Porque uno de los vectores que más influyen en el futuro hombre es el de la educación infantil y ésta, en las sociedades patriarcales se subordina, como si careciera de valor, a la mujer.

El cuidado del infante es un “derecho maternal” que en la sociedad del futuro hombre tiene su incidencia religiosa en la proliferación de cultos marianos. El bebé que es cuidado y educado por la madre, de mayor la adora y cuando expresa su religiosidad, tiende con mayor facilidad hacia lo femenino (=María) que hacia lo masculino (=Jesús). España es, tanto en lo general como en lo particular, un buen ejemplo de lo que decimos. (22)

Sin menospreciar la tarea de José ante la educación de Jesús, cosa que de hecho ha sucedido en la historia del cristianismo, la labor de María en la juvenil alma de Jesús tuvo que incidir con una especial impronta. No estudiamos aquí la cultura artesanal del carpintero Jesús ni la expresión masculina que adquiriría de José; nos interesa observar la comprensión femenina de su persona que a juzgar por la maternal enseñanza de María, según nos cuentan los evangelistas, incidió especialmente en el niño.

Juan lo expresa así: *“al tercer día hubo una boda en Caná de Galilea, y estaba allí la madre de Jesús. Fue invitado también Jesús con sus discípulos a la boda. No tenían vino, porque el vino de la boda se había acabado. En esto dijo la madre de Jesús a éste; no tienen vino, Díjole Jesús: Mujer, ¿qué nos va a mí y a ti?. No es aún llegada mi hora. Díjole la madre a los servidores: Haced lo que El os diga.”* (Jn 2,1-5).

De esta forma comienza a relatar el evangelista el milagro de la conversión del agua en vino. No interesa aquí el milagro. Resaltaremos la relación Jesús – María tal como la observó Juan. El evangelista de la muerte y de las tinieblas cuando nos quiere llevar ante la vida y la luz nos sitúa “al tercer día”. Con este sintagma, como Abraham ante la zarza ardiendo, sabemos que es Dios quien va a actuar. Como el ciego hay que “aprehender a ver” a través de las tinieblas (Jn 9,35-41).

“Al tercer día hubo una boda” (Jn 2,1) ¿Al tercer día de qué? De que Jesús dijera a los primeros discípulos *“En verdad, en verdad os digo que veréis abrirse el cielo y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre”* (Jn 1,51).

A partir de este instante, todo el evangelio de Juan nos sitúa ante la apertura de esta visión; una vez introducidos en el “cielo”, su Apocalipsis será la visión fantasmagórica de las tinieblas desde la Luz del Verbo.

Al tercer día comienza la apertura de los cielos para quien tiene ojos. *“Al principio era el verbo y el verbo estaba en Dios”*. (Jn 1). Juan en el prólogo de su evangelio nos sitúa, desde su particular “resonancia numinosa”, ante el destello de lo divino. Ahora, al comenzar el capítulo segundo de su obra, va a tratar de traducirnos en palabras lo que sistemáticamente ha anunciado en su prólogo.

El acontecer de su historia se inicia al “tercer día”. El ya ha “visto” al Cristo de la eternidad; al logos encarnado, ahora usa del “concepto” para que asumamos y lleguemos a ver la “singularidad”: ¡Jesús vive, ha resucitado!. Esta visión crística le ha llenado de vida y de luz, por ello hablará de muerte y de tinieblas.

“... Al tercer día hubo una boda en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús. Fue invitado también Jesús con sus discípulos” (Jn 2,1-2). Juan ha visto la luz, y ahora desde la tiniebla nos la quiere descubrir. Lo primero que él ve para mostrarnos el camino es a María, la madre de Jesús. Juan, el discípulo amado debió de tener un amor especial por esta mujer.

La hermenéutica que usa en el prólogo nos permite suponer que en la construcción metodológica de este primer milagro no es valadí que el primer personaje que aparezca sea María. Ahora bien, Juan cayó en un error propio de la cultura patriarcal y machista que le rodeaba, y dejó constancia de él con el ánimo de que las generaciones futuras no cayeran ¿Cuál fue el error?. El evangelista siempre que habla de María nos dice que es la madre de Jesús. Algo tan obvio no es lo que desea Jesús ¿Por qué? Por que la filiación maternal no es la preocupación de Jesús: “*En verdad, en verdad te digo el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el reino de Dios. Lo nacido de la carne, es carne... es preciso nacer de arriba*” (Jn 3,6-7). “*No es este Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? Pues ¿cómo dice ahora: yo he bajado del cielo?*” (Jn 6,42).

La filiación de Jesús que Juan nos propone es la sobrenatural. Todos hemos nacido de la fornicación, pero si sólo somos hijos de la carne no somos hijos de Dios. “*El Espíritu es el que da vida, la carne no aprovecha para nada*” (Jn 6,63). Los discípulos de Juan así debieron intuirlo cuando exclaman: “*Nosotros no hemos nacido de la prostitución, no tenemos más padre que a Dios*” (Jn 8,41).

Por esta razón Jesús no quiere que observemos a María como a su madre, sino como a una mujer. “*En esto dijo la madre de Jesús a éste: no tienen vino. Díjole Jesús: Mujer ¿qué nos va a mí y a ti?. No es aún llegada mi hora*” (Jn 2,3-4).

El análisis previo que hemos hecho no tiene más objetivo que el situar la contestación de Jesús en su contexto. El evangelista Juan como antes los sinópticos, ha comprendido la barrera que el sexo ha levantado entre hombres y mujeres. La mujer “valía” en tanto y cuanto daba hijos al marido. En la nueva economía, la mujer vale en tanto y cuanto es mujer. (23)

Jesús, según Juan, ama tanto a su madre que la llama mujer. De esta forma dignifica lo femenino, situándolo a la misma altura social que lo masculino. En la comunidad joánica se había llevado a la práctica lo que Pablo exigía en los suyos “*no hay ya judío o griego, no hay siervo o esclavo, no hay varón o hembra. Porque todos sois uno en Cristo Jesús*” (Gal 3,38).

Cuando la mujer y el hombre han sido situados a la misma altura, se impone un nuevo paso: trascenderlos para hacerse uno en Cristo.

Jesús va a actuar porque es la mujer y no la madre quien ha observado el problema. Aquí como en los episodios anteriores, importa mucho el sentir de la mujer, pues es el que pertenece a los hijos de Dios, que por naturaleza, son hombres.

“No tienen vino”. Ella es la única que ha visto la situación. Se está preocupando por el problema existente. ¡Aunque a ella y a Jesús no les implique....! “*Dijo la madre a los servidores: Haced lo que El os diga*” (Jn 2,5).

Oficialmente la palabra no puede ser más provocadora. Juan es el evangelista del Verbo, del Logos, de la Palabra. Y el Verbo que es Cristo, actúa mediante la palabra que brota de ella, la mujer: “Haced lo que El os diga”.

Los servidores ejecutan las órdenes de Jesús (El Verbo) “*Llenad las tinajas de agua*” (Jn 2,7).

El Verbo (Jesús) ejecuta las órdenes de la mujer. Los conceptos Hombre – Mujer han sido trascendidos. ¿Dónde está el Verbo?...

A partir de este instante eterno comienza el milagro de la vida ¡El agua es vino! “*Y los discípulos creyeron en El.*” (Jn 2,11).

Ella, la mujer es la apertura del milagro. Juan muestra en su evangelio que si todo comienza ante ella, ante ella va a terminar: “*Estaban junto a la cruz de Jesús su madre... Jesús viendo a su madre y al discípulo a quien amaba, que estaba allí dijo a la madre: Mujer he ahí a tu hijo. Luego dijo al discípulo: He ahí a tu madre*” (Jn 19,25-27).

Al final de su obra Juan vuelve a situarnos ante la humanidad de los hijos nacidos de lo alto. Jesús se dirige nuevamente a María en cuanto *mujer* “*Mujer, he ahí a tu hijo*” (Jn 19,26). El hecho biológico poco tiene que ver con el hecho teológico. Por la misma razón una vez trascendido lo biológico nos la entrega como madre “*luego dijo al discípulo: He ahí a tu madre*” (Jn 19, 27). Ahora María es madre teológicamente hablando.

Juan abre su evangelio con María, la mujer, y en su broche final, ante la cruz, vuelve a ser María, la mujer, que al serlo, se nos entrega ahora como madre. La maternidad ante Juan, tampoco es biológica. Ella parió al Cristo, al Verbo, Juan la acoge como madre y en su propia gestación nos introduce a través de la resurrección (su virginal parto) en el Apocalipsis. “*Parió un varón... y fue arrebatado a Dios y a su trono*” (Ap 12,5).

Parir al Cristo que llevamos dentro es resucitar haciéndonos uno con El. Y no deja de ser esclarecedor para el tema que nos ocupa, que Juan, el discípulo amado, el que al llegar a la tumba “*ve y cree*” (Jn 20,8) sea el evangelista que nos informe que fue a una mujer a la primera que se apareció: “*Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella pensando que era el encargado del huerto, le dice: Señor si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo me lo llevaré. Jesús le dice: María. Ella se vuelve y le dice en hebreo “Rabbuni”, que quiere decir maestro*” (Jn 20, 15-16)

Cualquier lector/a que haya seguido este breve ensayo no creemos siga preguntándose cuál fue el compromiso de Jesús ante la mujer en la época que le tocó vivir. Simplemente con su comportamiento y actitud reivindicó para ella el mismo derecho que para el hombre. Aún a pesar de la cultura patriarcal y machista de la época, los evangelistas no pudieron silenciar la amorosa atención que provocaba la mujer en el hombre Jesús. Ella, como apóstol de la verdad, sirvió de vehículo para hacernos comprensible el mensaje. La pregunta ¿cuáles fueron los comportamientos y actitudes

del Jesús de la historia ante la mujer?, ha sido respondida a través de la visión de los evangelistas Mateo, Lucas y Juan.

No queremos acabar este trabajo sin responder al segundo interrogante que nos habíamos planteado ¿Qué haría Jesús ante la mujer de hoy?.

Jesús ante la mujer del siglo XXI

Concluimos este ensayo planteándonos el segundo interrogante que habíamos formulado al principio. ¿Qué haría Jesús ante la mujer de hoy?.

Si para responder al primero tuvimos presente los diversos vectores que influyen al estudiar un texto del pasado, para responder la pregunta aquí planteada no tenemos más texto que la lectura de los tiempos que corren.

¿Cómo se comportaría Jesús en nuestros albores del siglo XXI? Imposible responder ya que los textos bíblicos no dan respuesta a los comportamientos y problemas concretos de la actualidad. Sin embargo, de ellos podemos recoger el discernimiento y actitud que tenía Jesús ante sus propios problemas. Dicho discernimiento, por ejemplo, nos permite conocer su opción incondicional por los pobres y necesitados aunque los comportamientos concretos actuales difieran de los culturales del pueblo israelita del siglo I.

Esta opción incondicional por el débil sigue en vigor y si bien es cierto que la mujer de ahora ha variado al igual que la cultura, no es menos cierto que todavía queda terreno por recorrer. (24)

Usando del discernimiento cristiano que emana del evangelio, seguimos observando diferencias entre hombres y mujeres. Estas diferencias son menores en las democracias occidentales, Qué duda cabe que entre la amputación obligatoria del clítoris en algunos países africanos, y la amputación (finiquito) de un contrato laboral por motivos de embarazo, hay diferencias cualitativas. Sin embargo, ambas hablan de que la igualdad hombre-mujer que proclama Gálatas, está muy lejos de producirse en nuestras comunidades cristianas. Las diferencias existentes son tantas, y tan variadas, que en la Europa en la que nos movemos, unas son las de Alemania y otras las de España; incluso en España no es igual la situación de la mujer catalana que de la mujer extremeña. (25)

La pregunta que nos hemos formulado, trata de llevar al lector a su propia toma de conciencia ante un comportamiento y actitud que no nos parece el más acertado.

¿Por qué la mujer ha de cobrar menos salario a igual trabajo que el hombre? ¿Por qué la sociedad no se preocupa por la seguridad social de una mujer que ha trabajado toda su vida en las labores del hogar? ¿Acaso su trabajo (que no ha sido remunerado) no merece reconocimiento social en la vejez? ¿Por qué seguimos manteniendo diferencias sociales en virtud del sexo? ¿Por qué siguen existiendo diferencias laborales en virtud del sexo del trabajador?. No sabemos cómo actuaría Jesús, pero no nos cabe la menor duda que denunciaría estos comportamientos.(26)

Con el disentimiento que emana del evangelio y nuestra Iglesia nos reconoce, desde nuestra toma de conciencia personal decimos que dentro de la sociedad eclesial, los derechos de la mujer no están equiparados a los del varón. Mucho es el terreno que tenemos que recorrer. La cercanía de Jesús ante las mujeres y el vehículo que fueron para expresar el mensaje, no está en consonancia con la posición actual de la mujer en la Iglesia.

¿Qué impedimento que no sea el puramente tabuístico y sexual nos lleva a separarla de ciertos ministerios? ¿Seguimos considerándola impura en virtud de su sexualidad? (27)

No hemos querido recurrir a los tópicos pasajes evangélicos para observar el compromiso de Jesús ante la mujer. Hemos visto que desde el silencio y desde el aparente desdén, Jesús es hombre que opta especialmente por ella. ¡Hoy también lo haría! No sabemos cómo, pero sí conocemos que denunciaría con su actitud y comportamiento las injusticias que seguimos produciendo en una sociedad con residuos machistas.

Conclusión

Hemos respondido a las preguntas que nos habíamos formulado al iniciar este ensayo, ¿podemos ahora conocer el compromiso de Jesús con la mujer? Creemos que la respuesta es obvia: Jesús siempre está comprometido con el más débil e indefenso. Es en la indefensión del niño, del pobre, del enfermo, de la pecadora, del desecho de la sociedad en términos generales, donde muestra el esperado reino y confirma su llegada, precisamente, a través de estos menesterosos.

La mujer, para Jesús, además le hace sentirse hombre. Su compromiso con ella brota de su yoedad varonil. El hombre, lo es, ante la mujer y es en la fusión de ambos donde nace la persona, el ser humano, la nueva humanidad.

El compromiso de Jesús con la mujer es interno para la realización de su persona y externo para la realización de la sociedad que le tocó vivir.

Una sociedad en la que la mujer está menospreciada de alguna forma, es una sociedad enferma que genera hombres y por supuesto mujeres por debajo de sus necesidades antropológicas y psicológicas.

La sociedad que vivió Jesús estaba enferma, los cristianos decimos, en pecado. Jesús comprometió su vida para sanarla. Toda sanación comienza dentro del ser humano. Jesús, desde su personal desierto, desde su óptica soledad, se hizo uno con el Padre creando la nueva tierra y los nuevos cielos donde la historia entera se recreó.

La reencarnación crística es tan necesaria hoy como hace veinte siglos. El compromiso cristiano tiene que seguir siendo por el débil. Si hoy la mujer sigue estando en desventaja social ante el hombre, es porque el compromiso de Jesús, que es el del Cristo, no está reencarnado tal como El lo hizo.

Y ello no quiere decir que hemos de seguir las pautas que El inició. Su historia no es la nuestra, su cultura no es la del siglo XX; sin embargo el discernimiento y opción por el débil, es decir, su compromiso en este caso ante la mujer, sigue siendo tan actual como entonces.

Las preguntas que nos hemos formulado ante la situación actual de la mujer reclaman una re-lectura del evangelio, una re-encarnación del mensaje que nos obligue a todos, hombres y mujeres, a re-actualizar como Jesús en su historia, los conceptos religiosos que nos permitan seguir revelando el mensaje de salvación. Actualizar el mensaje implica trascender el devenir. El hombre trasciende su finitud varonil, a través del encuentro con la finitud femenina. Ella le posibilita el encuentro con lo otro y desde este encuentro ambos se trascienden hasta aprehender totalmente lo “otro”, que es Dios.

Jesús escucha a la mujer desde su particular psicología. El, en cuanto hombre es la Palabra, ella en cuanto mujer es el Silencio. Pero a veces, como en las bodas de Caná, el Verbo calla en Jesús y la palabra actúa en María. La nueva visión que brota de la fusión trasciende el concepto. Ahora el agua es vino, el milagro vuelve a re-velarse y los creyentes, como entonces los apóstoles, creen en El.

La re-lectura y re-encarnación del evangelio re-liga nuestro mundo y nos muestra que el camino ayer como hoy sigue estando en la opción por el pobre en el más amplio sentido de la palabra.

Hoy, como entonces, el cristiano varón tiene que comprometerse como Jesús hace XX siglos, ante la mujer, ante las mujeres concretas de nuestra historia para que alcancen, en cuanto personas, los mismos derechos que el hombre.

NOTAS

1.- Sobre el tema que nos ocupa, hace años, escribimos varios autores y profesores de la Escuela Bíblica, con motivo del año internacional de la mujer, la obra "La mujer en la Biblia" Madrid 1975. Veinticuatro años después de aquel año internacional de la mujer, vemos que, sí bien hemos recorrido un largo camino, queda aún mucho espacio entre el respeto social del hombre y el de la mujer.

2.- "La experiencia de Jesús sigue destellando en los cimientos de las verdaderas existencias cristianas... lo místico : se "muestra" en súbitos vislumbres de resonancia numinosa sobre las pantallas de las conciencias humanas". Cf. Gómez Mier, V. La refundación de la moral católica. El cambio de matriz disciplinar después del Concilio Vaticano II, Navarra 1995, p. 615.

3.- Desde los orígenes el "ser humano" (=persona) ha sido creado en pluralidad "macho y hembra".

4.- "Jesús, siendo un varón, necesitó la complementariedad de la mujer. Tal aserto causa grima a los pusilánimes. Pero ¿Por qué? ¿Acaso puede negarse que Jesús compartió los sentimientos propios de todo varón? Sentir nunca puede ser malo. El mal estriba en no canalizar adecuadamente los sentimientos." Cf. Salas, A. Biblia y Catequesis ¿Cultura y fe en Diálogo? Nuevo Testamento III. Los Evangelios, Madrid 1982, p. 352.

5.- Esta hipótesis ya la hemos expuesto en otro momento. En la época de Jesús el matrimonio merecía tanta aprobación social, como rechazo el celibato. De hecho, eran los hijos los que permitían seguir subsistiendo. Jesús muestra que para seguir viviendo más allá de la muerte, hay que nacer de lo alto, y que, por tanto, los célibes también tienen parte en el reino. Así, no es que rechace el matrimonio, es que eleva el celibato a su mismo nivel.

6.- "El diseño mujer/naturaleza y varón/cultura es el patrón que define este sistema desde hace siglos, y gracias al cual el patriarcado se ha servido de la mujer como objeto sexual, manteniéndola en un estamento inferior, susceptible de ser dominado" Cf. Diez Celaya, R., "La mujer en el mundo", Madrid 1997, p. 64.

7.- "Ninguna de nosotras desconoce tampoco que la "lucha" no se da "en contra" del varón, víctima como nosotras de las presiones de una sociedad que desea hacernos, a su imagen, piezas "calzables" en una maquinaria ya montada, sino que nuestra lucha es "a favor" de una verdadera humanidad: participativa, fraterna, creativa y solidaria". Cf. Aquino, M. P., Aportes para una Teología desde la mujer, Madrid 1988, p.107.

8.- Tanto en hebreo (Shekinak) como en griego (Sophia), la palabra sabiduría guarda, como en castellano, el género femenino.

9.- "Valentín, el maestro y poeta, parte de la premisa de que Dios es esencialmente indescriptible. Pero sugiere que la divinidad puede imaginarse como un cuerpo bivalente; consistente por una parte, en el Inefable, el Profundo, el Padre Primero, y por la otra, en la Gracia, el Silencio, el Vientre, y la Madre de Todo" Cf. Ireneo, "Adversus

haereses”, I, 11, 1. Citado por Pagels, E., Los evangelios gnósticos, Barcelona 1982, p. 93.

10.- Frases como estas no son de extrañar si pensamos que en el siglo pasado se decía que “un excesivo desarrollo del cerebro atrofiaba la matriz, por lo que se veían apartadas de todo desarrollo intelectual” Cf. Diez Celaya, R. op.c., p. 92. En la Sociedad hebrea las mujeres no podían estudiar la Escritura. Enseñar a sus hijas la Tora (Fe) habría sido como enseñarles comportamientos lascivos. Cf. Dumais, M., Las mujeres en la Biblia: Experiencias e interpretaciones. Madrid 1987, p.34.

11.- Sobre el tema de la misoginia acaba de publicarse un texto muy aleccionador del que recogemos los siguientes comentarios de la Grecia clásica “Pues que lo de fuera es cosa de hombres, que las mujeres no piensen en ello, que se queden dentro de su casa y no perjudiquen” (Esquilo). “¡Así muráis! Nunca me hartaré de odiar a las mujeres, aunque se me diga que siempre estoy con lo mismo, pues puedo asegurar que nunca dejan de hacer el mal! ¡O que alguien las enseñe a ser sensatas o que se me permita seguir insultándoles siempre! (Hipólito).” Cf. Madrid, M., La misoginia en Grecia, Madrid 1999, pp. 210 y 225.

12.- “Y decía: ¡Abba, Padre, todo es posible para ti; aparta de mí esta copa, pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú” (Mc 14,36). La expresión “Abba” brota de los labios de un hombre que vive la angustia del desamparo, y la incompreensión humana, tal como debía vivirla la mujer del siglo primero de nuestra era.

13.- “ La mujer... más que cualquier otra criatura y más que el propio varón, es imagen y semejanza del Espíritu Santo” Cf. Boff, L., El Ave María, lo femenino y el espíritu Santo, Santander 1980, p.68.

14.- “Nosotras ponemos todo bajo sospecha porque la Teología, como mucho, ha tratado a la mujer como objeto, como un destinatario pasivo. Las mujeres hemos recibido los resultados de la teología elaborada por los hombres sin posibilidad de contestación. Pero hoy día tenemos una formación y una palabra, y por lo tanto, una capacidad crítica. Navarro, M., La teología ha tratado a la mujer como un destinatario pasivo, sin posibilidad de contestación., “8 de marzo” 9 (1993) p. 50.

15.- “ La mujer no realiza todo lo femenino ni el varón todo lo masculino. Existen tanto en uno como en otra, zonas de intercambio, aquello que se llama “estados intersexuales”... lo masculino, de este modo, pertenece en cierto sentido a la mismidad femenina de la mujer. Inversamente se dan zonas de mujer en el varón que llaman a lo femenino que está fuera de sí y lo realizan dentro de sí... Esta reciprocidad dialéctica acontece ante todo de dentro hacia fuera... Masculino y femenino son pues categorías que desbordan el nivel de lo biológico de la persona humana”. Cf. Rubio, M., Un rostro nuevo de mujer. La figura cristiana de María en la hora de los feminismos, Madrid 1989, pp. 42-43.

16.- Dado que la perspectiva que indicamos a continuación parte desde la visión varonil del que escribe sugerimos al lector/a la obra de Muñoz Mayor, M.J., La mujer en la Biblia. Seminario taller desde una perspectiva feminista, Madrid 1998. En relación al

comportamiento de Jesús ante la mujer en Marcos puede verse entre otros el trabajo de **Juan, T.**, Mujeres en el evangelio de Marcos, Barcelona 1996.

17.- Marcos da a los hijos de Zebedeo el sobrenombre de Boanerges (= trueno) (3,17). La historia Bíblica escucha la voz de Dios a través del trueno (Gal 77,18; 81,7; 104, 7). Mateo omite este sobrenombre porque la voz de Dios se va a escuchar en la petición de la mujer y en el aparente silencio de Jesús a su solicitud. El poder y el dominio que representa el trueno en la antigua economía da paso a la humildad de un Dios que en la cruz es el mayor y más claro exponente de la voz divina. Esta voz se deja escuchar no en los hijos del Trueno (los de Zabedeo) sino en la voz de los “sin voz”: una mujer.

18.- Efectivamente Herodes hizo morir por la espada a Santiago, el hermano de Juan (Hech, 12,2).

19.- Así lo expusimos en el trabajo que publicamos recientemente: La última cena “Biblia y Fe”, 73 (1999) 85-103.

20.- La mujer, en tiempos de Jesús, solo se soltaba la melena ante el esposo. El caso contrario era motivo de escándalo.. “Acto que podía suponer una de las mayores desgracias para una mujer y causa más que suficiente para que el esposo la considerara una adúltera y pidiera el acta de divorcio”. **Muñoz Mayor, M. J.** , op.c., p. 183.

21.- Este pasaje, en el que se nombran a las mujeres que acompañaban a Jesús, es, asimismo, propio del evangelista. No deja de ser sintomático el que Lucas las cite inmediatamente después de dejar en el anonimato a la mujer pecadora que se comporta como paradigma del auténtico discípulo.

22.- Efectivamente en el norte de España hay un respeto especial a la madre. Esta realidad se expresa en el mundo religioso por la veneración que se tiene al culto mariano. Las grandes fiestas son las de la virgen, No así en el sur, donde las fiestas religiosas tienden más hacia Jesús.

23.- “Vió Raquel que no daba hijos a Jacob, y celosa de su hermana dijo a Jacob: dame hijos o si no me muero (Gn. 30,1). Desde el Génesis, la sexualidad femenina ha sido sutilmente manipulada por las sociedades machistas “la diferencia y naturaleza biológica, específicamente la capacidad de reproducirse de las mujeres, ha sido utilizada durante siglos en casi todas las sociedades para justificar la subyugación de las mujeres” cita de Ussher, Jane reproducida por **Beltrán, B.**, Mujeres. Los seis biotipos femeninos. Desarrollo de la constitución y del carácter, Madrid 1993, p. 61.

24.- “Confío en que muy pronto la mujer occidental recupere la realidad superior que había conquistado, vuelva a ser el gran motor de perfección del mundo, tome posesión (posesión efusiva) de la realidad, desde su perspectiva original, desde su condición irrenunciable, única de persona femenina” Cf. **Marías, J.**, “La mujer en el siglo XX”, Madrid 1981, p. 236.

25.- “¿Qué es lo que aún falta por conseguir?. Educación, salud e independencia económica para todas las mujeres. Las que han obtenido eso son sólo un grupo privilegiado en zonas urbanas de países industrializados. El 90% de las mujeres vive en

el atraso, la pobreza y el dolor. Son las más pobres de los pobres. Todavía las venden como esclavas, las mutilan, las torturan, las explotan, las prostituyen, las obligan a servir a esposos que no aman y a tener hijos que no desean. ¡Falta tanto por hacer!”. Así se expresaba la escritora Isabel Allende en las páginas del País/Extra que sobre el tema de las “Mujeres” se publicó el 29/9/94.

26.- “Lejano me parece el día en que al varón en general no le importe depender profesionalmente de una mujer. Y ésta es la razón por la que hay apenas mujeres, todavía, en puestos directivos claves”. Cf. Castro, C. La mujer en la sociedad actual, Madrid 1979, p. 26.

27.- “Las mujeres no reciben el carácter del orden al impedirlo el sexo y la constitución de la Iglesia”. Este era el pensamiento de Hugencio en el siglo XIII. El derecho canónico (Can. 1.024) afirma en la actualidad: “solamente el varón bautizado puede ser ordenado validamente como sacerdote de la Iglesia Católica”. No obstante la oposición va siendo menos fuerte. “La Iglesia Católica por boca del Cardenal Cassidy declaró: No es que las mujeres no tengan derecho al sacerdocio, sino que estamos hablando de los planes de Dios. Y en la Iglesia Católica no creemos tener autoridad para tomar esta decisión”. Cf. Arana, M. - Salas, M. “Mujeres sacerdotes ¿Por qué no..? Reflexiones históricas, teológicas y ecuménicas” Madrid 1994, p. 165. Sobre el tema concreto de la mujer en la Iglesia es interesante y sugerente el trabajo del jesuita Alcalá, M., “Mujer, Iglesia y Sacerdocio”, Bilbao 1995.